

CHARLOT

SEMANARIO

Director y Propietario M. NAVARRETE

FESTIVO

Año II.-Núm. 50

Barcelona 3 de Febrero de 1917

10 céntimos

HUMORADA

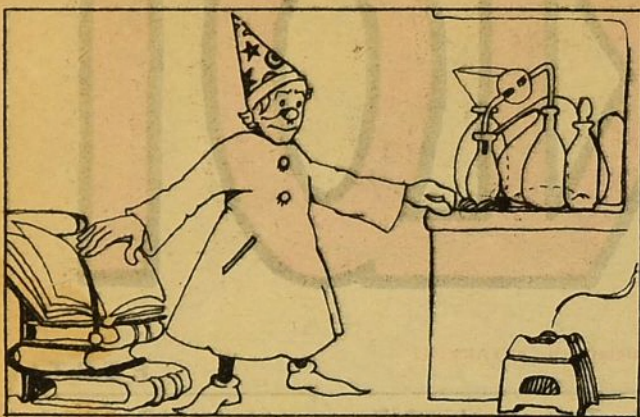
CHARLOTESCA



¡Cualquiera saca las manos con este frío!

Ayuntamiento de Madrid

Víctimas de su malicia



Una vez había un célebre nigromántico que se llamaba *Tartarus*, y tras muchos estudios, descubrió el modo de transformar a las personas en bestias y a las bestias en personas.



Envidioso su vecino *Emétiou*, que también era nigromántico, se puso a estudiar menjergues hasta conseguir una fórmula muy parecida a la de su antagonista.



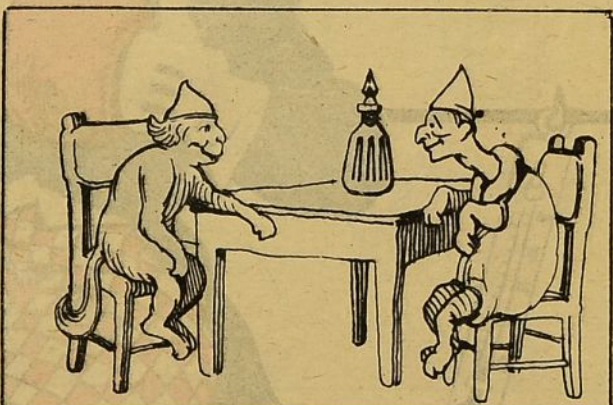
Queriendo ensayar cada uno de por sí sus resultados en la personalidad del otro respectivamente, se convidaron a cenar juntos con la más disimulada hipocresía.



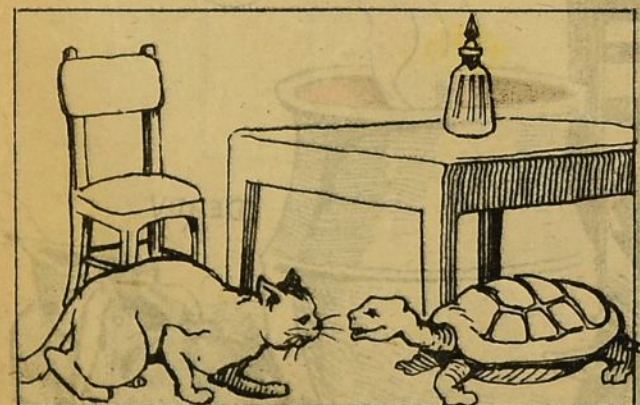
Y con las más grandes apariencias de fraternidad, comieron y bebieron lindamente.



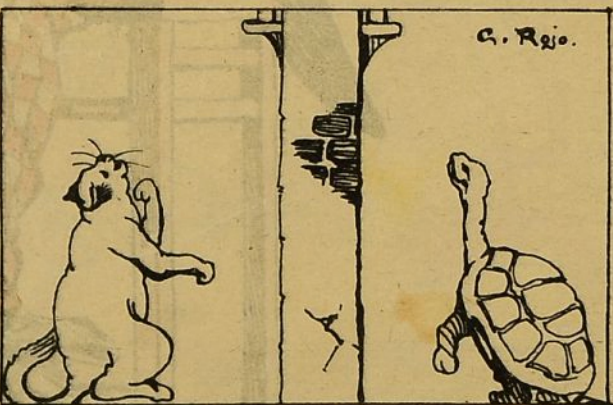
Aprovechando cada uno la oportunidad, colocaron sobre una repisa el contraveneno necesario como antídoto para el que habían ingerido.



Poco rato después fueron perdiendo su personalidad...



hasta verse convertidos en un par de animales.



En tal estado, quisieron recurrir al contraveneno, pero no pudiendo alcanzarlo, tuvieron que quedar así, hasta la muerte.



—Decididamente,—pensaba,—es un tunante muy bien educado, pero tunante al fin.

A las tres y diez minutos se izaron velas: la bandera inglesa ondeaba en el penol de la goleta.

Los pasajeros estaban sentados sobre cubierta; mister Fogg y mistres Auda echaron una última mirada sobre el muelle para ver si veían a Picaporte.

Fix no las tenía todas consigo, pues la casualidad pudiera conducir hacia allí al pobre muchacho a quien tan indignamente había tratado, y el hecho hubiera dado lugar a una explicación de funestos resultados para el detective.

Pero el francés no pareció: sin duda se hallaba todavía bajo la influencia del narcótico embrutecedor.

II

NAVEGACIÓN ACCIDENTADA

Aquella navegación de ochocientas millas en un barco de veinte toneladas y en aquella época del año, era por demás arriesgada.

Los mares de la China son, por lo general, muy borrascosos y expuestos a terribles huracanes, sobre todo durante los equinoccios, y a la sazón se estaba en los primeros días de noviembre.

Más hubiera convenido al piloto conducir sus pasajeros hasta Yokohama, ya que se le pagaba un considerable tanto diario: en condiciones tan desventajosas, y ya era acto de audacia, si no de temeridad, comprometerse a ir hasta Shangai.

John Brunsby, tenía confianza, y no sin motivo, en su *Tancadere*, que se elevaba sobre las olas como una arista.

Durante las últimas horas de aquel día, la *Tancadere* navegó por los caprichosos pasos de Hong-Kong; y en todas sus maniobras, tanto si el viento no le era plenamente favorable como si venía de popa, se portó admirablemente.

—Creo excusado,—dijo Mr. Fogg al piloto en el momento en que la goleta salía a alta mar,—recomendarnos toda la celeridad posible.

—Confíe Vuestro Honor en mí, respondió el marino.—Llevamos todas las velas que permite el viento: poner más, dificultaría inútilmente la marcha de la embarcación.

—Eso es de vuestra competencia, no de la mía, piloto.

Fogg, con el cuerpo erguido, las piernas un tanto separadas y sosteniéndose firme como un marino consumado, contemplaba el agitado mar.

La joven, sentada en la popa, contemplaba con emoción aquel Océano, oscurecido ya por el crepúsculo, que desafiaba en una débil barquilla. Sobre su cabeza se desplegaban las velas blancas que, a semejanza de alas descomunales, la llevaban por el espacio.

La goleta parecía volar impelida por el viento.

Llegó la noche.

La luna entraba en su cuarto creciente, y su insuficiente luz se extinguiría en breve entre las brumas del horizonte.

Algunas nubes lanzadas al E. invadían ya una parte del firmamento.

El piloto había encendido ya sus luces de posición, precaución indispensable en aquellos mares tan frecuentados por buques que costean casi siempre.

Algunos se encontraron, y, dada la velocidad de que estaba animada la goleta, se habría destrozado al menor choque.

Fix meditaba a proa.

Conocía lo poco aficionado que era Fogg a la conversación, y se mantenía apartado; por otra parte, le repugnaba hablar con aquel hombre, cuyos servicios aceptaba.

Pensaba también en el porvenir, teniendo por seguro que Mr. Fogg, no se detendría en Yokohama, sino que tomaría inmediatamente el paquebot de San Francisco y llegaría a América, donde alcanzaría al fin la impunidad y la seguridad.

El plan de Mr. Fogg le parecía sencillísimo.

En lugar de embarcarse para los Estados Unidos, como hubiera hecho un ladrón vulgar, había rodeado las tres cuartas partes del globo, a fin de llegar con más seguridad al continente americano, donde se comería tranquilamente el millón del Banco, después de haber despistado a la policía.

Pero una vez en los Estados Unidos, ¿qué haría Fix? ¿Abandonaría a aquel hombre?

¡No; mil veces no!

(Continuará)

VIVA EL FRÍO!

El frío se ha dejado sentir este invierno con más crudeza que en otros años.

Yo, por mi parte, me he pasado varios días tiritando como un galguillo inglés; y eso que no soy de los frioleros.

Y claro, como la pluma se me escapaba de entre los dedos, y las cuartillas de papel extendidas sobre la mesa me parecían campos de nieve; decidí dejar los trabajos hasta que mejorase el tiempo.

Por las mañanas a tomar el sol; por las tardes a tomar café con los amigos; y por las noches a tomar la cama.

¡Que bien se está en la cama cuando hace frío!

Noches pasadas me arropé bien y un suspiro de satisfacción se escapó de mi pecho.

¡Que diferencia, de estar entre suaves mantas, a pasar la noche en la intemperie, aguantando la escarcha y entumecido completamente!

¡Cuánto deben sufrir las coles con este frío!

¡Pobrecitas, tan lustrosas, tan tiernas!

Pensando en las coles me quedé dormido, y al poco rato me vi convertido en hortaliza.

Era de noche... y no llovía.

—¡Que frío tengo!—murmuré, tratando de apretar mis hojas al rededor del cuerpo.

Pero ni por esas. Los efectos del frío me llegaban hasta el troncho y un temblor nervioso me agitaba sin cesar.

—¿Te encuentras mal, repollo mío?—me dijo una col arropándose con sus grandes hojas.

—Mucho. Desde anoche estoy que no puedo vivir.

—No te apures; esto no durará mucho.

—¿Porqué?

—Pues verás. Esta mañana, hablaba un hombre con el hortelano, y entre otras cosas han quedado en arrancarnos de aquí y llevarnos en un carro a la ciudad.

—¡Ay que bien! ¡En un carro!...

—Y una vez en el mercado, nos llevarán a aquellas casas grandes que se ven allá lejos.

—¿Y allí no hará tanto frío?

—¡Qué! Allí se está muy bien.

—Dios haga que me quiten pronto de aquí porque si esto sigue me muero sin remedio.

* * *

Ya empezaba a clarear, cuando unas manazas tremendas me arrancaron de la tierra y me tiraron despiadadamente sobre un montón de hortalizas.

—¡Que bruto!—murmuré entre mis hojas.

Momentos después me volvieron a coger acompañada de otras y me zamparon en el carro.

—¡Gracias a Dios!—dije—ya se empieza a cumplir lo que me dijo mi amiga.

Y allí, apretujada, y casi en el fondo del carro, logré ir entrando poco a poco en reacción.

No tenía tanto frío, pero me faltaba aire para respirar.

Si el viaje duraba mucho no me las prometía muy felices.

Mas, como todo tiene su fin en este mundo, llegamos al mercado y pude ver la luz con verdadera satisfacción.

Al poco rato me vi acariciada por las manos de una hermosa joven, la cual me colocó sobre un puñado de tomates y alcachofas.

¡Que orgullosa estaba yo en aquel lecho de verde y púrpura.

De las manos de la joven pasé a las de una vieja que preguntó a mi dueña:

—¿Cuánto?

—Veinte céntimos.

—¡Veinte tiros!—gritó la vieja.

Y me tiró contra el cesto de los tomates.

—¡Tía bruja!—grité a mi vez.

En menos de un cuarto de hora, infinidad de manos me

palparon y examinaron, hasta que un cocinero colorado y moletudo me colocó en su cesto entre unos filetes de ternera y varios salmonetes que apestaban.

Aquí volví a recordar los purísimos aires del campo, y hasta la escarcha que tanto me molestaba.

Verdaderamente, no se podía sufrir el contacto de todo aquello.

Y vuelta de nuevo a pensar cuando me sacarían de allí.

El cocinero se entretenía en todas partes hablando con las criadas; así es que tardamos una hora larga en llegar a la casa de los señores.

—Ya creí que le había pasado algo—le dijo la dueña al verlo entrar en la cocina.

—¡Había tanta gente!—contestó el muy embustero.

—Veamos la cuenta.

Y allí empezó aquello de: Dos kilos de salmonetes tanto, carne, aceite, patatas, tocino, fruta, etc., etc.

—¿Y esta col?

—Treinta céntimos.

Yo estuve a punto de chillar:

—Eso es mentira; le ha costado veinte,—pero me contuve por no malquistarme con el pinche de cocina.

Después de pedidas las cuentas y cuando ya me figuraba que iba a dar principio mi buena vida, noté con espanto que preparaban un gran barreño con agua fría, y allí me chapuzaron sin miramientos de ninguna especie.

¡Un baño en pleno mes de enero...

¡Horrorrr!

¿Dónde me llevarían después? Al sol; no admitía duda.

Me habían metido en agua para adecentarme un poco y de ese modo, con la cara más limpia, me podrían presentar en sociedad.

Así lo pensaba, y me resecaaba a la vez presintiendo el calorillo del fogón y hasta el del horno que no estaba lejos de mí.

¡Ilusiones engañosas.

El muy bárbaro del cocinero se largó del laboratorio culinario, y no volvió a presentarse hasta las dos horas.

Entonces me sacó del agua, me sacudió sin respeto a mis hojas tiernas y me dejó sobre una fuente.

—¿Está ya el agua hirviendo?—le preguntó a la criada.

—Hace más de media hora.

—¿Quiere que la eche entera?

—Enterita. Después la partiremos.

Calculen ustedes. Yo oía todo aquello y me estremecía de miedo.

¡Me iban a partir; me iban a cocer!

Y no hubo tufía. La maritornes me cogió y cataplúm... al puchero.

En un instante me acordé de mi antigua vida, de aquellos aires puros, de aquellas noches de frío y escarcha. ¡Que diferencia con la actualidad!

Yo no podía tolerar aquello; tenía que protestar, y protesté con furia loca.

—¡Que me abraso!—grité.—¡Alto! ¡Yo soy una col honrada que jamás me he metido con nadie!

Mis voces se perdían dentro del puchero y aunque trataba de levantar la tapadera, la mano pesada del cocinero no me dejaba.

Y yo gritaba sin cesar:

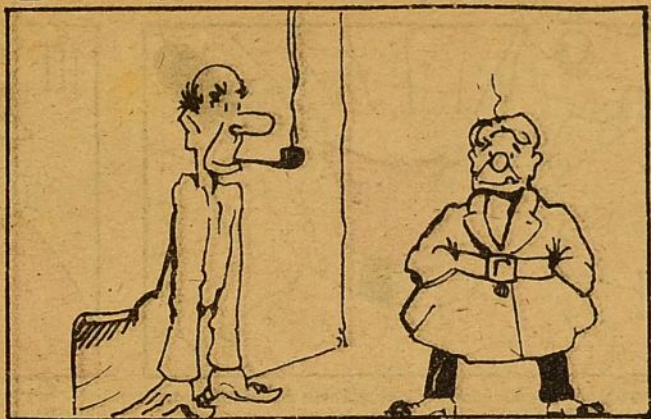
—¡Basta, por Dios... que me abraso... que me muero... ¿No habrá una col que me defienda? ¡Por piedad, que me abraso... ¡ay!... ¡Que me abraso!...

Y en efecto; me había abrasado la criada, vertiendo sobre mi cabeza el vaso de leche caliente del desayuno.

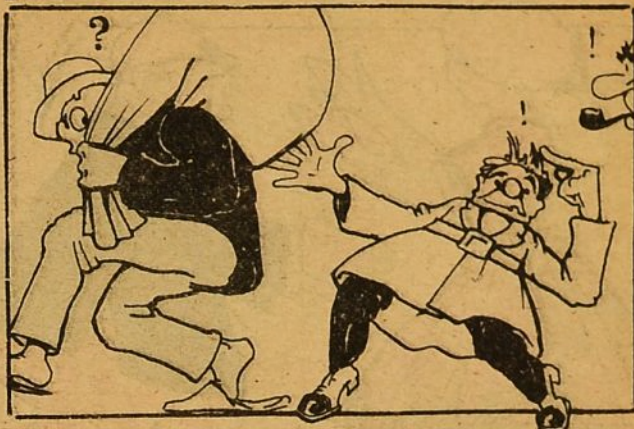
El sueño fué terrible... y el despertar más terrible todavía. En aquel momento me reconcilé con la col y despedí a la criada.

Joaquín Arques

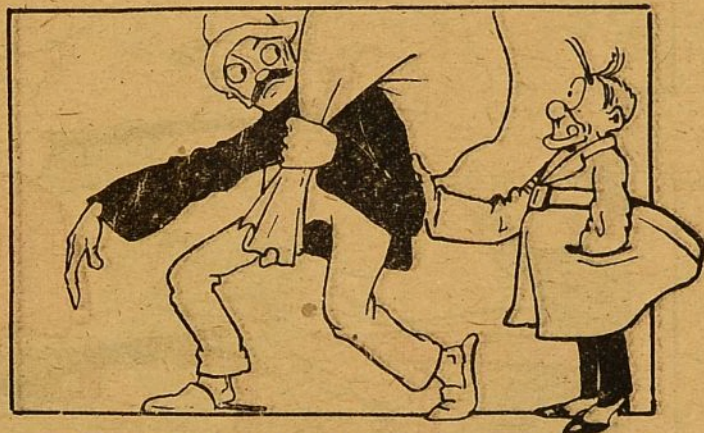
COCOLICHE Y TRAGAVIENTOS



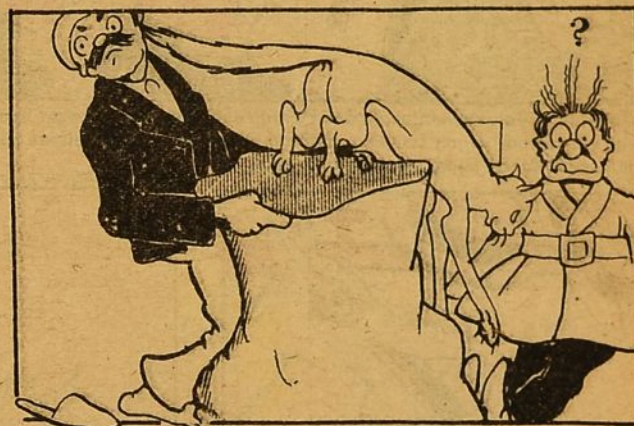
Por fin, saliendo por un agujero especie de gatera, se encontraron en la calle. De pronto a Tragavientos se le erizó un cabello.



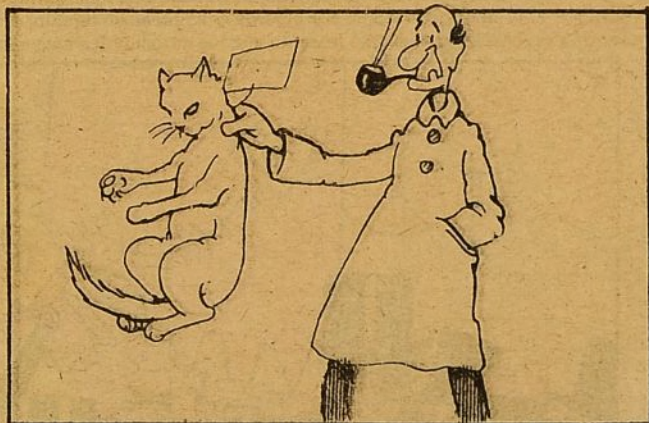
Un hombre cargado con un saco caminaba misteriosamente. Del saco salió un gemido, y al querer Tragavientos cerciorarse de lo que aquello era, recibió un mordisco.



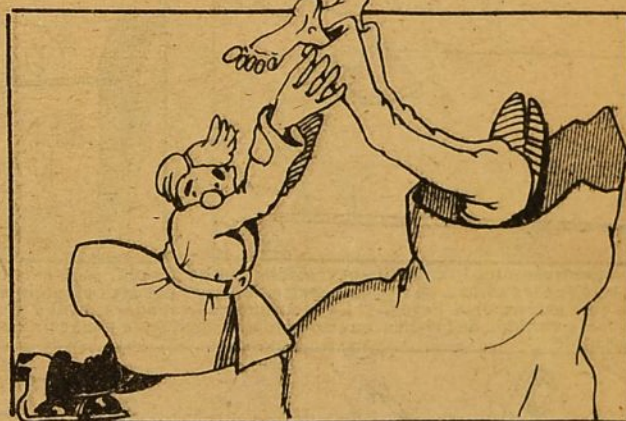
—¡Eh, amigo! Me parece que aquí hay gato encerrado, exclamó nuestro detective, deteniendo al hombre. —Algo de eso— replicó el del saco.



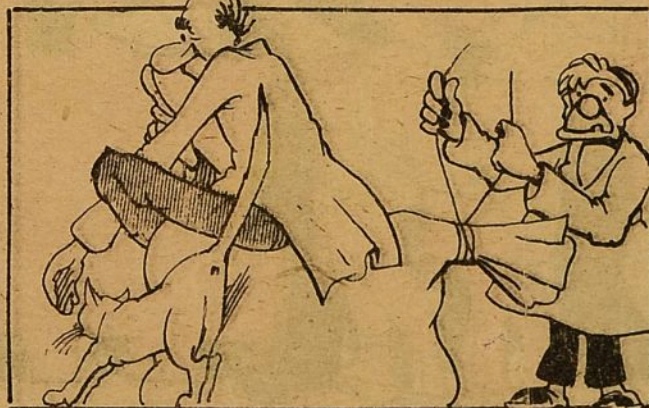
Abrieron éste, y efectivamente, apareció un gato blanco que en el cuello llevaba un papel atado con una cinta.



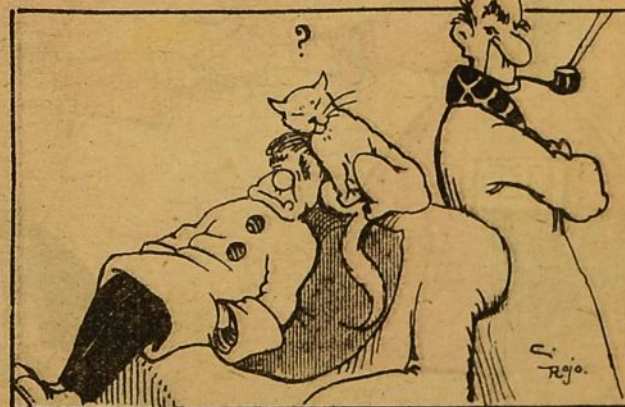
Cocoliche, de un manotazo se apoderó del felino, y quedó estupefacto al ver que en aquel papel no había nada escrito. Las dos caras estaban en blanco y la suya se tornó tan blanca como el papel y el gato. De rabia se tragó la pipa.



Tragavientos, al ver lo que le pasaba a su maestro, metió al hombre dentro del saco. Cocoliche, después de grandes esfuerzos pudo recuperar la pipa.



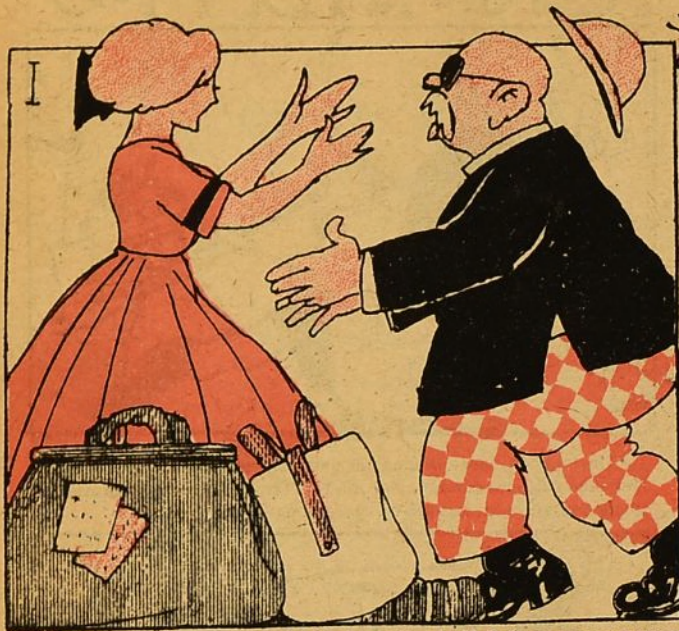
El rey de los detectives meditaba el porqué de estar aquella carta en blanco, y entonces se acordó de que hacía 27 noches que no dormía...



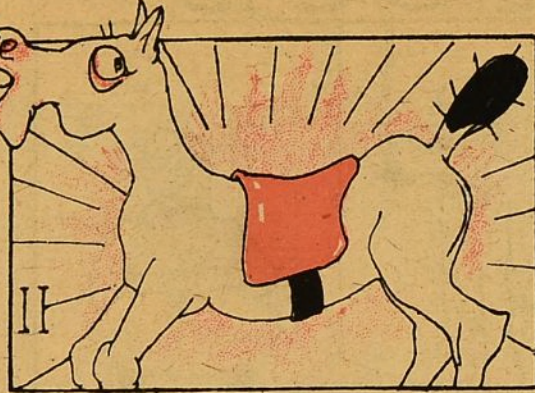
Y poco rato después, en la cómoda mansión de Cocoliche, roncaba Tragavientos rendido por la fatiga, y a su lado el cariñoso mensajero blanco. Los únicos que velaban eran Cocoliche, la pipa y el saco.

(Continuará)

LAS VACACIONES DE MABEL, por Papin



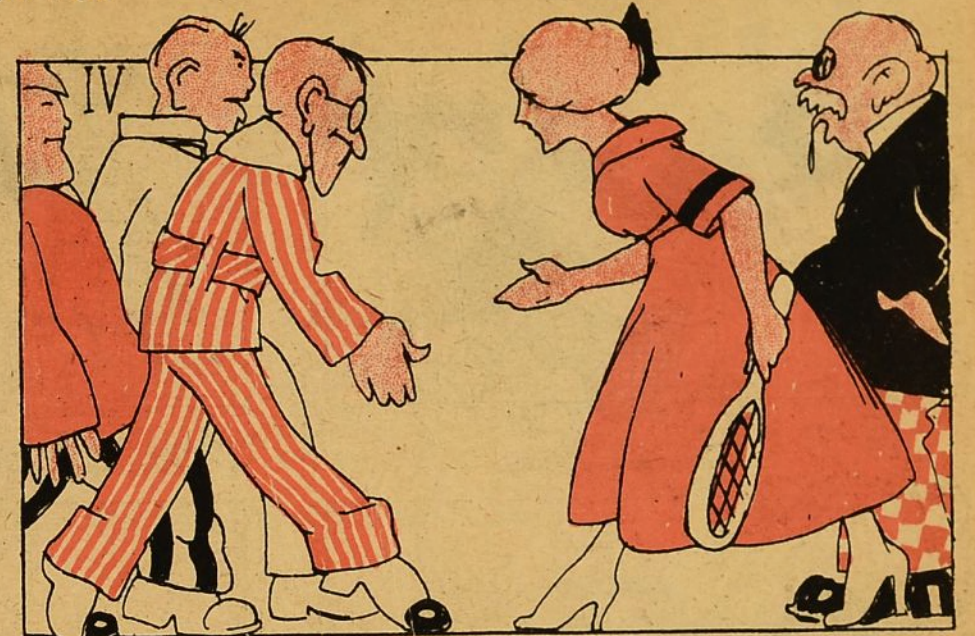
Cargada de sobresalientes, la dócil y aplicada Mabel, va a pasar unos días en el paterno, si que también materno hogar, donde es recibida con grandioso júbilo. Su papá, viéndola tan apro-



vechada, no puede menos que comprarle un caballito de carne y huesos, que es el sueño dorado de Mabel.



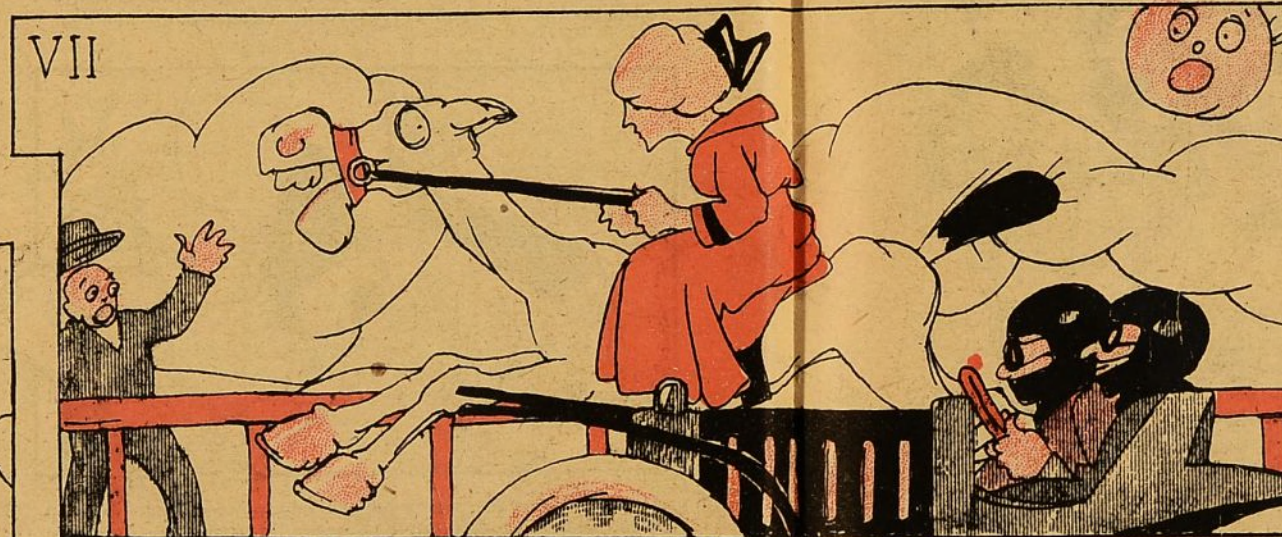
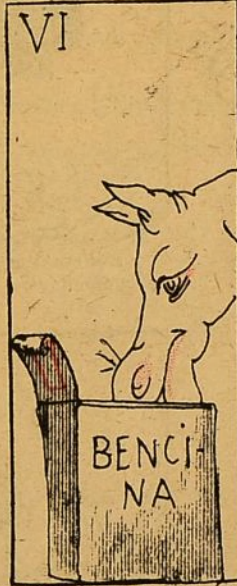
Estos son cuatro señoritos. Bien. El primero (a la izquierda) es Hierbecilla. El segundo se llama Sensitivo. En cuanto a los últimos, puede asegurarse que responden por Pipollo y Silfidio.



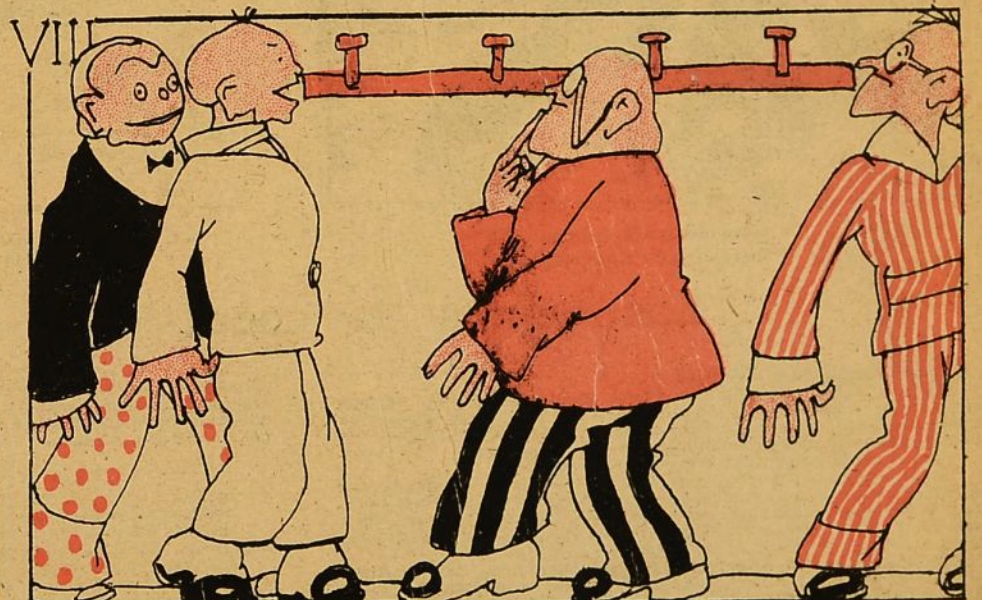
Con pretexto de invitarla a presenciar las carreras de automóviles, los cuatro presentan en casa de Mabel, la cual los recibe ¡Como no! afectuosa en extremo.



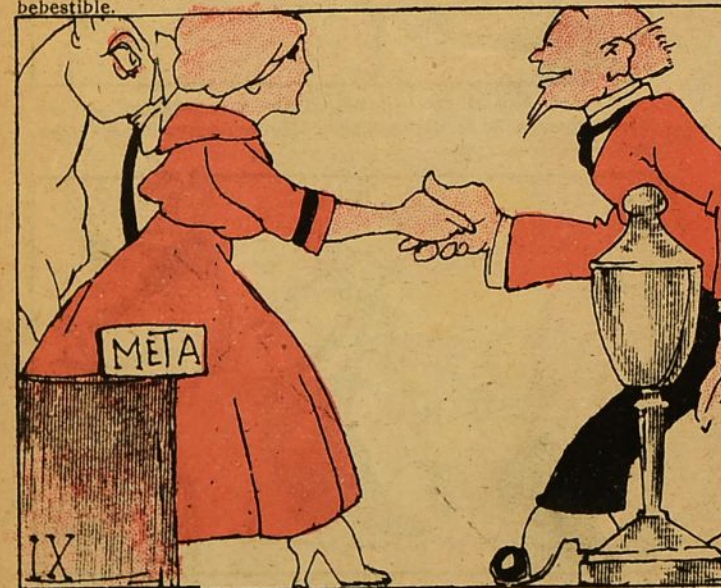
Mientras tanto, el caballito que andaba suelto por allí, hallando los sombreritos de los cuatro, se los almuerza de un tris, por ser confeccionados de una paja sabrosísima. Pero ¡Ay! La sed traidora se apodera de él y le obliga a sorberse un bidón de bencina, que en su hípica ignorancia toma por inofensivo bebestible.



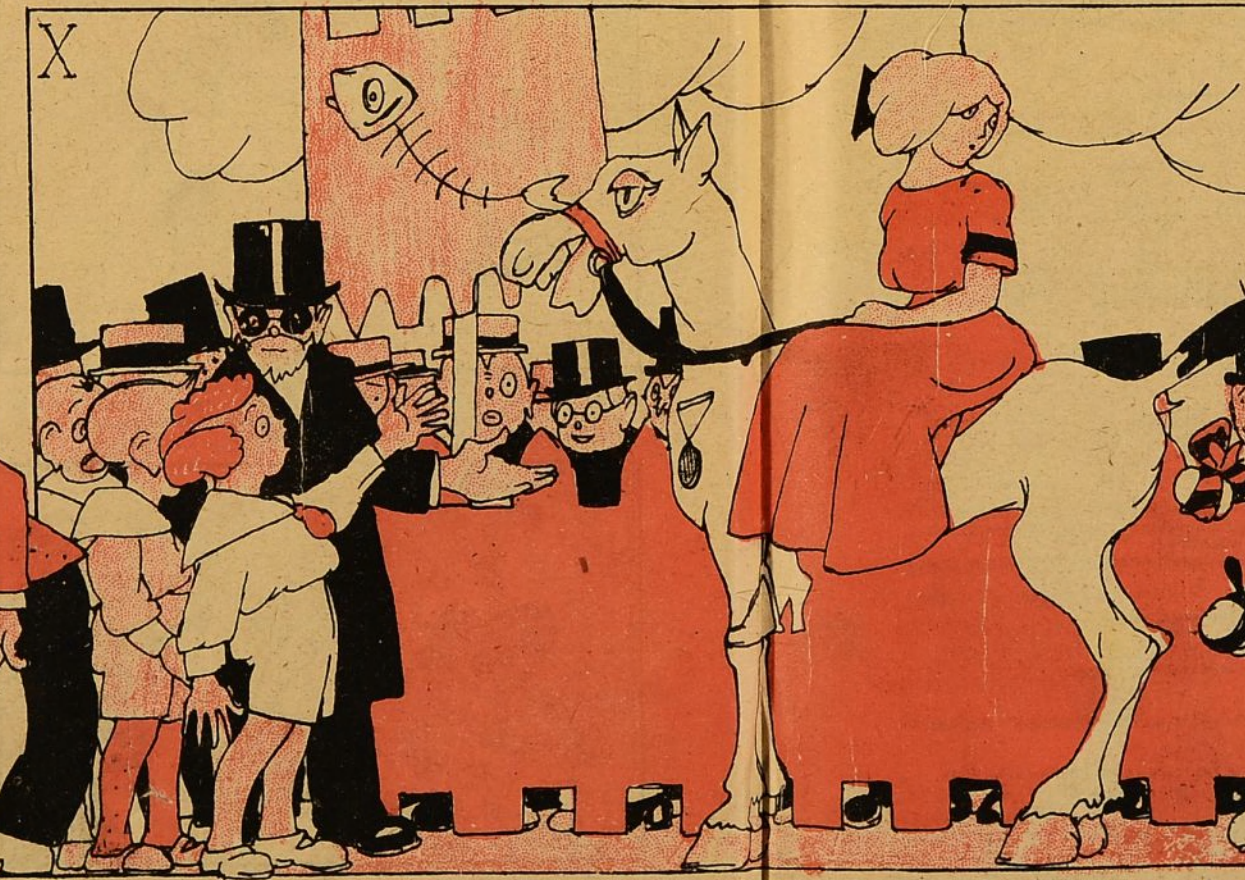
Los efectos son horriblos! Mas, tan horriblos como maravillosos! Algún incrédulo sonreirá tal vez al saberlo... pero que sonría! No será por ello menos cierto que por efectos del bencinoso líquido, el caballo de Mabel arranca con una velocidad que no mento por no pecar de exagerado, en el mismo instante que los automóviles hacen lo propio.



¿Dónde estarán nuestros sombreritos?— preguntaban muy perplejos los simpáticos y bípedos señoritos; y a pesar de inauditos esfuerzos ópticos, solo pudieron observar en la percha una enorme cantidad de vacío.

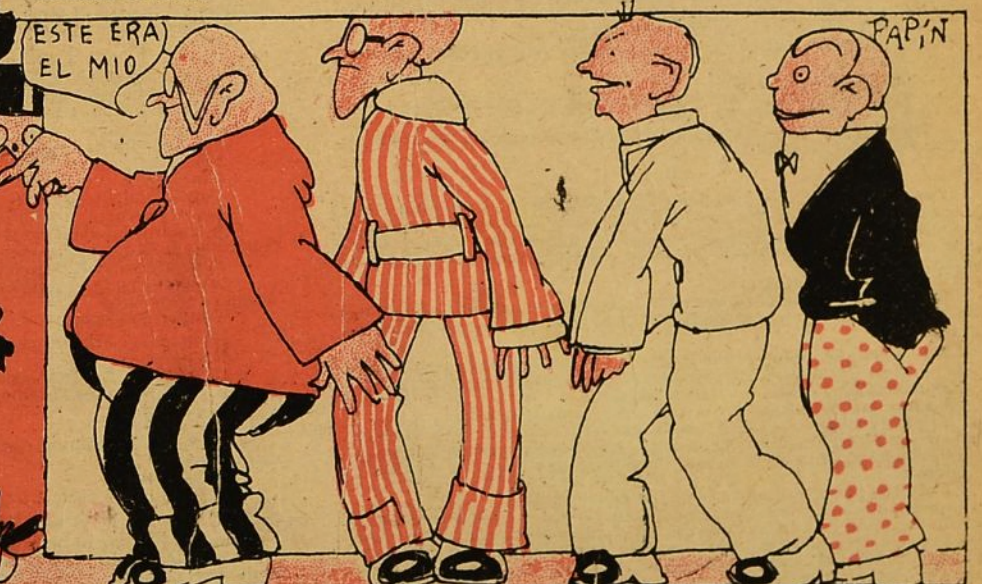


¡Salve! ¡Ganó Mabel! ganó el caballito de Mabel. El empeño de los corredores fué tan grande como estéril. Al llegar a la meta recibió la hermosa heroína, la inesperada noticia de que desde aquel momento podía servirse de la copa para su uso particular.



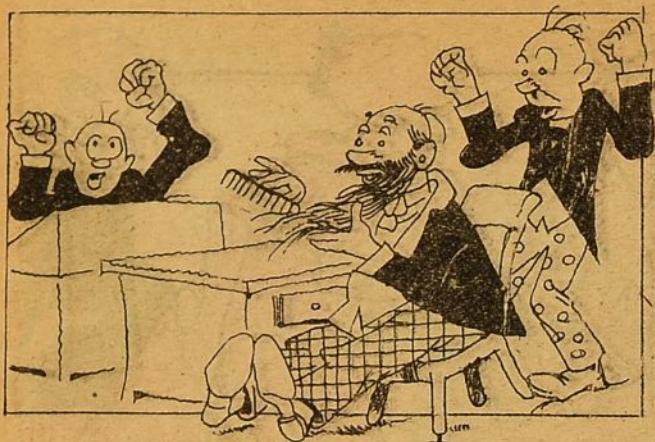
Las multitudes elogian y ensalzan a la vencedora; las voces parecen truenos; y entre vítores y aclamaciones, la paja, (la paja de los que fueron ¡ay! sombreros) es expulsa por la vía natural. Solo entonces, y aún por las cintas, que por no ser comestibles no habían sufrido ulterior modificación, se averiguó lo que habían sido de ellos. ¡Oh, la ignorancia!

Ayuntamiento de Madrid

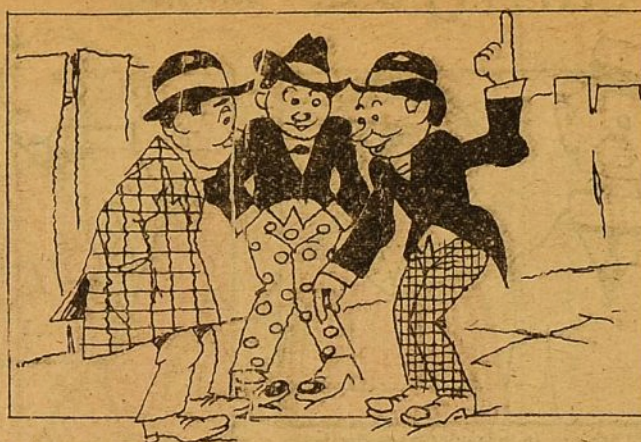


ESTE ERA EL MIO

Las barbas de Don Nicasio, por Derdy



El jefe de la oficina tiene una barba muy fina.



Cosa, que a los empleados los lleva muy intrigados.



Y con intención dañina los chicos de la oficina.



Se la cortan de raíz mientras duerme el infeliz.

Las yemas de coco - Cuento de repostería

Amalia era una joven preciosa. Una muchacha de aquellas que llaman la atención de los tenorios más o menos apaleados por las iras paternales, y que producen en los simples mortales ese entusiasmo que obliga a decirles al paso: ¡Bendita sea tu gracia! sin reparar en las consecuencias.

Pero el verdadero entusiasmo en nada repara. Luisito era un chico acostumbrado a las conquistas. Malas lenguas decían que tenía cara de mochueto, total, porque el muchacho tenía los ojos redondos como pesetas columnarias y la nariz algo parecida a un saca-taponés; pero esto no impide ser amado por las hermosas, por aquello de que el hombre y el oso... Mas, veníamos al asunto.

Era una noche fría, del invierno aterido, como dijo Núñez de Arce, y lo extraño sería que en invierno fuesen las noches calientes; pero no nos metamos con los geos. Luis salía del teatro apurando la colilla de un cigarro puro; Amalia, con el manguito en la boca preservándola del frío y tragando alguno de los pelos por inadvertencia. Se vieron y se amaron.

¿Quién es capaz de adivinar la penetración de una mirada aunque proceda de unos ojos amochuelados?

El la siguió hasta la casa donde desapareció ella. La joven salió al balcón y él se acercó rápidamente, diciéndole con frase arrebatada:

—¡Señorita, yo la amo a V!
La contestación fué un ladrillazo que le brumó las costillas. Luis no llevaba los lentes puestos. La persona a quien se había declarado era un teniente de carabineros que vivía en el segundo.

II

Transcurrieron varios días que Luis pasó en el lecho del dolor aplicándose cataplasmas de linaza y llamando en la soledad con enamorado voces a su amante. Pero ¡ay! no acudió nadie más que la portera, mujer cuyos bigotes envidiaba Luis en sus horas de solaz o de aburrimiento.

Y pasaron días y días. Luis se puso algo mejor y se lanzó a la calle renqueando algún tanto, pero dispuesto a morir y hasta a recibir otro cantazo en el último extremo.

Llegó a la calle de la pasada tragedia. Miró y vió en el piso principal al ídolo de sus amores que bordaba unas zapatillas mame-lucas.

Entonces Luis llevaba los lentes puestos. Ella le sonrió intensamente, como diría Pérez Escribá.

El llevó la mano a sus labios para enviarle un beso, pero en aquel momento silbó un chiquillo que pasaba y la joven impulsó silencio a Luis llevando el dedo a los labios, pues no le gustaban los novios filarmónicos.

Se citaron para las diez de la noche en la escalera. Luis acudió a la cita. Todo lo que había leído en las novelas respecto a los celos y al amor, con sus ¡ah! y ¡oh! inclusive se lo dijo a su Amalia en un periquete. Ella se abandonó candidamente a aquel amor de niña pero Luis era todo un caballero. Además, le dolía aún el ladrillazo y no estaba para bromas.

La boda quedó concertada entre los chicos. Luis decidió casarse con Amalia, a pesar de todo. Aquel espaldrazo sui generis era un bautismo de moraduras y Luisito era supersticioso. Pero Amalia era golosa en extremo.

Todas las noches traía Luis una librita de dulces que le costaba

disputar a los agujas de portar, pues el enamorado mancebo vivía a las afueras; caramelos, bombones o pitusos que Amalia engulía, pareciéndole muy dulce el amor de su Luisito. Claro, como unos días sabía a almibar y otros a caramelos de los Alpes.

III

Llegó el suspirado día de pedir la mano. Luisito trajo aquella noche dos libras de yemas de coco. Hay que advertir, que por la tarde había comido en compañía de su amada una buena ración de limoncillos.

A Amalia rara avis no le gustaban las yemas. La hora de entrar en casa se acercaba, y no era cosa de entrar con las yemas en la mano a pedir la ídem, pues hubiera creído la mamá que el futuro llevaba los postres a prevención, y por muy enamorado que se esté no le da a nadie por llevar cucuruchos a la suegra.

Tampoco podía meter en ningún bolsillo cartucho tan enorme, pues le hubieran negado el enlace con la niña, so pretexto de su salud, poniendo un plazo hasta la extirpación que ostentaba el yerno.

En resumen, Luisito se comió todas las yemas.

- A los pies de V., señora.
- Peso... siéntese usted.
- Pues yo venía sobre...
- ¿Sobre quién?
- No, no señora, a pie, pero venía a pedir a V...
- No tenlo suelto.
- No... ¡Ay!... ¡Yo amo!... ¡Ay!... Y sufro... ¡Ay!...
- Va se conoce; está usted alido.
- Su hija de usted... ¡Ay!...
- Luisito comenzaba a sentir en su vientre todos los cocoteros de la América del Sud y el calor tropical que madura tan apetitoso fruto.
- Pero acabe V.—chilló doña Nicanora.
- Señora; lo que yo quisiera es poder empezar, pero delante de señoras es imposible.
- Tenga V. ánimo.
- Pues bien... Yo estoy enamorado de Amalia.
- Me parece...
- Si supiera V. lo que siento aquí...
- ¡Caballero! inmediatamente salga V. de mi casa.
- Pero, señora...
- ¡Fuera!

Luis salió abroncado y atravesó diez calles como una avalancha murmurando:

Más vale así.

Al día siguiente recibió una carta concebida en estos términos:

«Sr. D. Luis Lechoncillo:
Supondrá V. que la boda es imposible. Tuvo V. la avilantez de señalar su barriga para indicar el amasamiento de su amor, y mi mamá no quiere un yerno que tenga el corazón en el hipocóndrico. B. S. M.
Amalia»

Luis no volvió a cercarse a ninguna confitería en todos los días de su existencia.

Arud Airam

Colmos y



Charlot irá publicando en cada número una de las más interesantes y breves producciones de cada uno de sus colaboradores, adjudicando tres premios, de 5 pesetas a las tres que más gusten a esta redacción. En los sobres de los originales, escribáse Charlot—Sección de Colmos y Monadas.

Todo autor premiado comprobará su identidad con una copia del primitivo original escrita y firmada con igual letra que éste.

NOTA.—No se devuelven los originales.

Colaboraciones del número anterior

que han sido premiadas con 5 pesetas:

Charlot automovilista	por	Ongis
Entre estudiantes	por	P. Miranda
Epigrama	por	M. Blanco

monadas



Rogamos a los colaboradores de esta sección, que al enviar sus producciones, lo hagan empleando un papel para cada chiste o colmo y firmado con su nombre y así aunque envíen varios a la vez queden separados de uno en uno. El envío han de efectuarlo en sobre abierto franqueado con sello de cuarto de céntimo, diciendo:

«Original para imprenta»

COLMOS

El colmo de un anarquista :
Explotar un negocio.

A. Sandoval

El colmo de un carpintero :
Dar en el clavo.

Antonio García

El de un artillero :
Comerse una granada para postre.

A. Danzarín

El de una calavera :
Quedarse calva de echar canas al aire.

Matilde P. L.

El de un cocinero :
Freírse la sangre.

Javier Fr. G.

EXAMEN DE HISTORIA

El tribunal.—¿Cuál ha sido el rey a quien se le veía menos por su palacio?

El opositor.—Carlos el Calvo, a quien nadie conseguía ver el pelo.

R. Donallo

SIN TÍTULO

Charlot encuentra un par de guantes en la calle y lo lleva a la comisaría.

—Merece una felicitación lo que usted ha hecho, le dice el comisario. En su lugar, muchos se habrían quedado con los guantes.

—Tiene usted razón, pero... no me venían bien.

Vicente Ramos

EL PODER DE LA ILUSIÓN

Una vez hubo una riña entre dos gitanos y uno de ellos sacó una faca con la cual hizo ademán de clavarla al otro, y le entró tanto miedo al supuesto agredido que comenzó a dar voces pidiendo socorro. Acudieron los policas y lo llevaron al hospital, en donde los médicos, después de reconocerlo de pies a cabeza, le dijeron que no tenía nada, a lo que respondió el gitano: Grazia a Dió que m'elo habéis dicho; yo ya me creía en el sementerio.

Camuezo

PARECIDO

¿En qué se parece la casa de un usurero a Melilla?
En que tiene harcas.

P. Barrios y Orive

ACERTIJO

¿Cuál es la capital de España que puede meter más ruido?
Cádiz, porque tiene Carraca.

Felipe Rellán

SIN TÍTULO

¿En qué año suelen hablar menos las mujeres?
En el año que no es bisiesto?

Paco Rodríguez

EN EL RESTAURANT

—¡Mozo! ¿Cómo se llama este vino?

—¿Por qué lo pregunta usted?

—Porque, como está bautizado, debe tener algún nombre.

E. Maduxa

DE NEGOCIOS

—¿Cómo van esos negocios, don Sisebuto?

—¡Admirablemente! Tengo ya siete empleados con tres mil pesetas.

—¿De sueldo?

—¡Quiá!... De fianza.

Pepe

ENTRE AMIGOS

—¿Por qué te sueñas tanto?

—Porque me sale de las narices.

—¿Y por qué tomas el Aceite de Hígado de Bacalao?

—Porque me da la gana.

Jesús P. Broin

PREGUNTA DE HISTORIA NATURAL

—¿Ves ese pájaro enjaulado colgado en esa pared?

—Sí, señor.

—¿A qué familia pertenece?

—Pues... probablemente a la familia que vive ahí.

Fina-Jose

VISITA DE PÉSAME

¡No se apure usted, hombre, que la separación no será larga!

Ramón Benet

TRATO ES TRATO

Un baturro dice a otro:

—Ya lo sabes, en acabar de entregar los recaos, nos himos de partir las propinas.

—¡Pus claro, hombre!

—¿Cuánto t'han dau en la casa del párroco?

—Mil gracias...

—Pues... a quinientas justicas salimos.

Luis Roncal



Soluciones de los juegos del núm. 49

Cuadrado

M E S A
E S A S
S A R A
A S A S

Rombo

E
A L A
E L I S A
A S A
A

Tarjeta.—Joaquín Dicenta.

Rompecabezas.—La batalla de Calatañazor.

TARJETA

García, Otelo y Mochtsoni

F. J.

VALENCIA

Formar, con las anteriores letras, los nombres de dos personajes muy conocidos y su rival.

Por J. Cabrera

ADIVINANZA

¿Qué animal es mamífero e insecto?

Por J. Cabrera

ACRÓSTICO

V
E
G
E
T
A
L
E
S

Llenar los puntos de letras, de modo que se lean nombres de vegetales.

Por J. Ardanuy

LOGOGRIFO NUMÉRICO

1 2 5 4 —Objeto de jardín.
4 3 2 1 —Verbo.

Por A. G. e Irurtia

ROMBO

—Consonante.
—Pariete.
—Tomo.
—Metal.
—Vocal.

Por J. Ardanuy

CUADRADO

—En la milicia.
—Vestimenta.
—Obra teatral.
—Construcción.
—Comida.

Por J. Ardanuy

CURIOSIDADES

DE TOLSTOI

Después de la comida, Tolstoi organizaba todas las tardes en su pueblo sesiones de lectura. A ellas asistían los discípulos; pero poco a poco su unieron otros jóvenes, y los padres y los ancianos. Tolstoi, sentado en un banco, escuchaba. Durante la lectura y después de ella, los campesinos entablaban animados diálogos, en los cuales tomaba entusiasta participación Tolstoi, quien hablaba el idioma popular con más propiedad y belleza aún que la lengua literaria. Pero Tolstoi, en aquellas reuniones, no ejercía de maestro, sino más bien de atento discípulo, pues, decía, el pueblo es un gran educador.

Una tarde, concluida la lectura de un cuento, Tolstoi sacó del bolsillo un cuaderno y anunció: «Yo también quiero leeros algo que he escrito». Y con su voz clara y vibrante leyó su célebre cuento «Iván el Imbécil». La obrera gustó. Los viejos la alabaron y los jóvenes comentaron sus principales episodios.

Tolstoi notó que la lectura había impresionado más que a los otros a uno de los asistentes, y le dijo: «Vamos, Andrés, haznos el favor de repetirnos el cuento». El campesino condescendió, asegurando que era capaz de repetirlo palabra por palabra. Sin embargo, con gran sorpresa de todos, su relato no correspondió con el original: tantas fueron las modificaciones que introdujo y los giros nuevos que empleó. En cierta parte cambió la trama del cuento; algunos le interrumpieron, queriendo reprenderle; pero Tolstoi impuso silencio y tomó nota de aquellas variaciones. Ese campesino era el más pobre de la aldea; le llamaban «Andrés el Extremo», porque vivía al final de la calle; su choza era miserable y casi no existía la cerca de su huerto, por lo cual lo llamaban también «Andrés el Arruinado»; pero tenía el don de la palabra y le gustaban mucho los libros. Este Andrés era quien contaba la historia de «Iván el Imbécil»; Tolstoi se entusiasmaba cuando de labios de Andrés salía una frase o imagen ingeniosa, y tomaba notas.

El cuento se publicó, más de conformidad con la versión del campesino. «Este es mi método—declaró Tolstoi:—los campesinos me corrigen y me enseñan a escribir. Sólo así se puede hacer una obra popular».

Java, dice un viajero, es un paraíso; pero un paraíso que posee 45 volcanes que dan con desconsoladora frecuencia pruebas de su actividad devastadora, su fertilidad no tiene parangón y la vegetación es tan exuberante que apenas se encuentra otra igual en el mundo.

Tip-Lit. Eusebio Estadella.- Valfogona, 24 a 28.- Tel. 7488.-Barcelona

AVISO:

Se ha procedido a un sorteo de las soluciones enviadas al concurso del mes de enero, y han resultado agraciados con el premio **Reloj**, D. Enrique Virgili, de Reus; con el **Monedero**, D. Benito Fernández, de Barcelona, y con la **Cadena**, D. Ricardo Díez, de Bilbao. Quedando los objetos a disposición de dichos señores, a quienes se les ruega manden aviso para enviarles el premio por correo, contra reembolso de los sellos que ocasione el envío.

CORRESPONDENCIA

Arnaldo Casals: Se recibió su carta y no sabíamos a que chiste se refería por haberlo firmado con otro nombre; por fin, después de mucho buscar y cotejar caracteres de letras, hemos dado con él, pero no sabemos donde enviarle el premio, pues se ha olvidado V. de indicarlo en su grata; sírvase decírnoslo. **A. Nicolás:** Lo mismo le decimos; cuando escriba ponga su dirección; nos encontramos sin saber donde enviar lo que pide. **R. Villarino:** Con mucho gusto iremos publicando lo que envíe, pero tenga presente que hay muchos delante. **D. Barreda:** Se recibió y espera turno. **Emilia de León:** Se recibió la carta y los Colmos. **Enrique Pérez:** Sí. **Mariano Juan:** El versito ya lo había enviado otro. **S. Quesada:** Procuraremos complacerle. **S. Ruiz:** Entró en concurso como las demás. **A. Pons:** Envíelo y veremos. **A. Adrados:** El exceso de original acumulado nos impide complacer a todos. **E. Baena:** El chiste publicado se recibió antes que el de V. **Antoñito:** Un poco de paciencia porque hay muchos delante.

Cuando envíen algo sírvanse utilizar un papel para cada chiste, colmo o lo que sea.

En la imposibilidad de contestar uno por uno a todos los que envían chistes, pues los hay que envían diez o quince a la vez, y muy pocos originales, encontrándonos con que otros ya los habían mandado antes; avisamos a nuestros *foribundos chisteros*, que de lo que envían escojemos lo más aprovechable y no repetido, para irlo publicando por riguroso turno; quedando así contestados dichos señores, que podrán ir viendo lo que se ha utilizado, según aparezca en el periódico.

Para los *chistes* groseros o de índole que no cuadre en nuestro periódico, no hay contestación.

Han enviado soluciones a los Pasatiempos anteriores:

B. Marmol, Cebollino, A. Hidalgo, M. Cruaso, Roma-nones, E. Gurruchaga, E. Uriarte, M. Dasca, Gaztambide, V. Rodríguez, P. Colorado, J. Díaz, Prieto, J. Moral, J. Rovira, J. Altimira, A. Roca, J. Picas, J. Fontpeda, F. Bosc, Fatty, E. Peña, M. Bueno, Acite, J. Ardanuy, J. Fernández, M. Cremades, J. Mena.

Está en preparación el n.º 53 de este semanario, destinado a conmemorar el primer aniversario de su publicación; será

EXTRAORDINARIO

impreso a varias tintas, con profusión de historietas, mayor número de páginas, chistosísimo texto de festivos escritores, concediendo más premios a los «Colmos y Monadas», y en el cual aparecerá la solución del concurso del mes de febrero. Su precio será: 20 céntimos.

“CHARLOT”

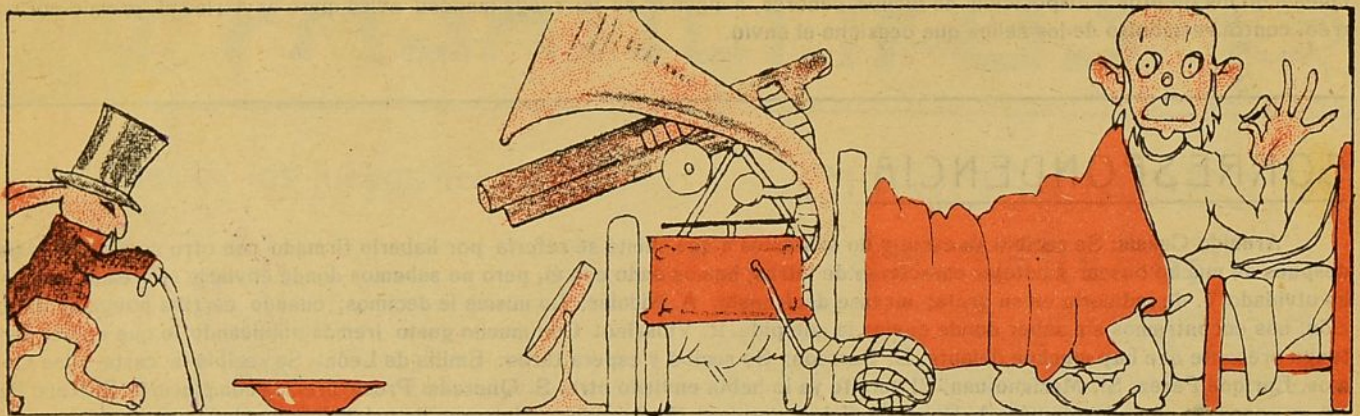
SEMANARIO FESTIVO
Redacción y Administración:
Putchet, 37. - BARCELONA

PRECIO DE SUSCRIPCION

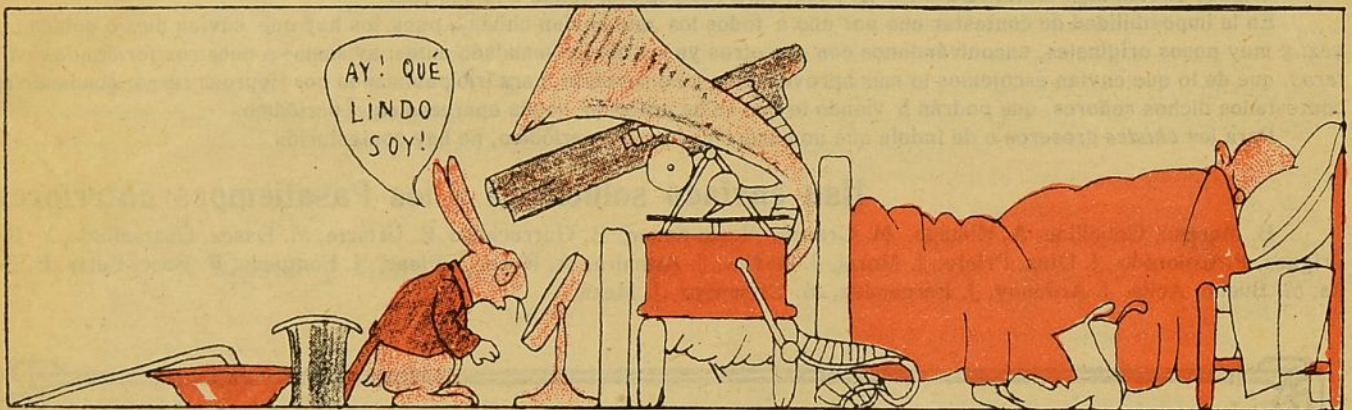
		ESPAÑA	EXTRANJERO
Trimestre	Ptas. 1'50.	4'—	
Semestre	» 3'00.	8'—	
Año	» 6'00.	0'—	

Número corriente 10 cts. Atrasado 20

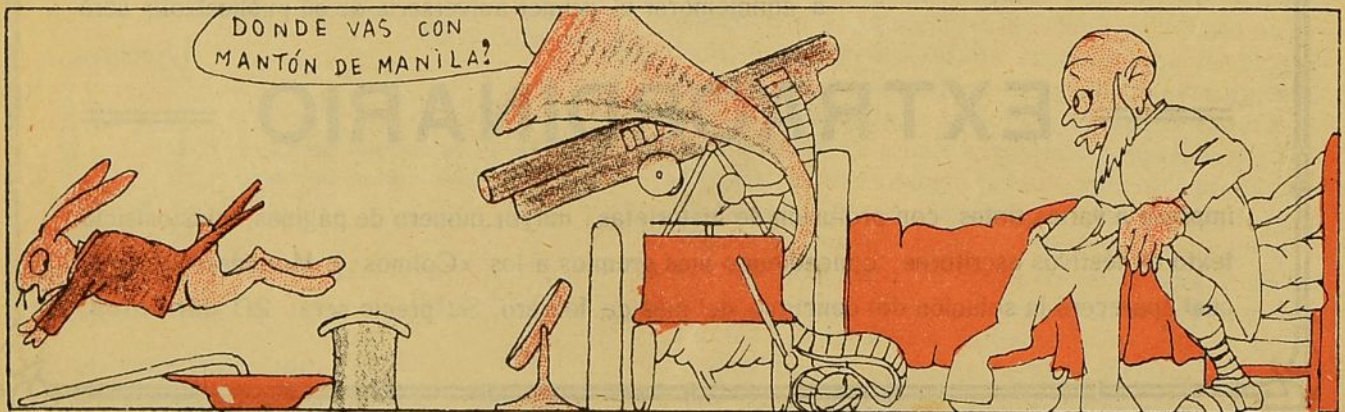
Hombre prevenido..., por Papin



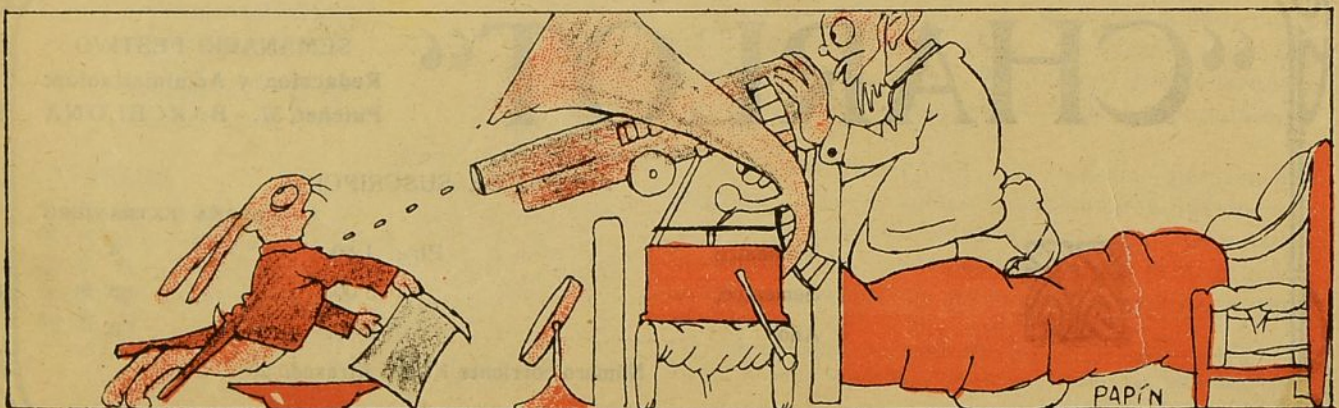
1.—Señores: Demostraré a ustedes, mediante este heterogéneo conjunto de aparatos, que el deporte cinegético es el más sencillo y cómodo de los deportes, sobre todo para el que, como yo, conoce la vida privada de los conejos.



2.—Ante todo, me meto en la cama, después de preparar mis útiles idem. No tarda en llegar el roedor, que después de merendarse una ración de judías a la rifeña, no puede menos que mirarse a un espejo dispuesto al caso, dejando escapar un grito de admiración



3.—Esto basta para despertarme, pues tengo un sueño muy intranquilo, y lo primero que hago entonces, es disparar el fonógrafo, con objeto de entretener al animalito mientras me visto a toda prisa. Pero sucede a veces, que produciendo un efecto contrario, el conejo huye precipitadamente.



4.—Olvidando, claro está, el bastón, sombrero y cuanto lleva de quita y pon, por lo que, sintiendo la pérdida, vuelve sobre sus pasos, muriendo entonces a mis iracundas manos por la parte más terrible de mi combinado aparato. Vean si es sencillo.